

Olga Cuenca [TY Trias] “Luz iluminada, arquitectura de los sueños”

Los maestros de su escuela londinense The Slade con los que estudió Bellas Artes, comentan de Olga Cuenca [TY Trias] que lo que más les impresiona de su obra es que discurre “entre la luz y la línea”. La **luz** tiene corporalidad en la obra de Olga: las ventanas –reflejos de ventanales más bien retratados por la artista son superficies en las que la luminosidad se torna materia tangible. Una rendija hacia el sol se convierte, gracias a la mirada de la autora, en una figura radiante. La penumbra es libertad y posibilidad creativa porque nos permite establecer los límites de las formas que ella nos descubre, materializando la luz en cuerpos sensibles. En su estudio madrileño, la **línea** se erige en esculturas leves como una fina cinta de papel que se pusiera de pie, sostenida tan solo por un doblez central, que en una economía de la hermosura, funciona como columna vertebral primigenia. La fuerza primordial de estas obras ordena el espacio que las rodea; esta síntesis de la figura levantada se torna espiral que valora la estancia y la transforma, línea fundadora de un lugar acogedor, con alma.

En esta exposición de 2024 en el Ateneo de Madrid, la cuarta exposición individual en cinco años, la artista presenta la inédita **P20/21**, una serie fotográfica que introduce el color en su obra. Olga mantiene el tema capital de su poética: la captación de la atmósfera. Con su cámara, la autora se enfrenta a los vectores de espacio y tiempo para hilvanarlos en una urdimbre que atrapa el aire, el aquí y el ahora. La luz es el resultado de esta ecuación; Olga confiesa que si con su instantánea no atrapa la esencia de la atmósfera, renuncia al resultado, por hermoso que sea. En **P20/21** Olga se enfrentó a la soledad de la pandemia. Es una serie fotográfica realizada en esa época que recordamos con temor y trauma. La artista luchó como artífice en esa época oscura con el ánimo elevado que le aporta su inspiración. Y es en ese *tour de force*, enfrentada a la opresión de la cuarentena, cuando en la realización de sus instantáneas aparece el color. La luz coloreada refleja la habilidad de Olga para perseverar en atmósferas difíciles, esta luz (que en su sabiduría recuerda las de las catedrales góticas) demuestra su capacidad para encontrar la esperanza en tiempos hostiles. El color en la luz es una alquimia visual que refleja la vida que quiere abrirse paso por encima de la soledad y el aislamiento. Ese color que refuerza el poder de la luz representa el puente entre el interior doliente y el exterior prometedor, entre el presente desolado y el futuro esperanzador. Destreza en la captación de las líneas luminosas, perseverancia en el dibujo del color sobre esos rayos brillantes: estas imágenes pueden contemplarse como el autorretrato de una artista que continúa con su vocación pese al peso de los tiempos difíciles. La belleza de esa luz atemperada de color es la prueba de la victoria del arte sobre la marea de los días aciagos.

La obra de Olga consigue una sinestesia que nos invita a leer la realidad con el tacto y con la vista. En sus primeras series percibimos las sombras de una calle londinense, atestada de señales de tráfico y luces de posición, que se presenta como una partitura de luz que quisiéramos tocar y leer como el papel de un hermoso poema; un muro con un grafismo es fotografiado como un epitafio que nos revela su significado en la belleza de su textura. En esta nueva serie admiramos reflejos de ventanales que nos devuelven la dignidad y el optimismo. Su obra revela una mirada, una sensibilidad artística: las imágenes de Olga no son solamente fotografías hermosas; la secuencia de sus ojos sobre la realidad nos enseña una filosofía desde el sentido de la vista, la alegría de vivir desde la serenidad de su mirada.

Sus esculturas están confeccionadas con las mismas claves que arman sus fotografías: planos de fuerza que designan la realidad y líneas que aseguran espacio y tiempo como coordenadas atmosféricas que parecen captar un instante. En esta exposición del Ateneo madrileño, la autora muestra por primera vez cinco nuevas esculturas. La pulcritud y compleja sencillez que disfrutamos en sus fotografías se transforma en su trabajo tridimensional en una suerte de arquitectura poética. Su estudio madrileño,

-sus mesas de trabajo, sus archivos de materiales, su registro plástico-, nos hace pensar en una ingeniera de imágenes, de edificios leves que habita el concepto escultórico. Olga explica que una de sus nuevas esculturas, **Dream**, está construida como un cuerpo de tres rectángulos biselados de 84x54 centímetros que ha maclado de forma que puedan desplazarse como tres planos intercambiables. Mediante unos rodamientos esféricos, (que incorpora sutilmente a ras de suelo), estas tres superficies –de una hermosa madera de arce clara- se modifican mutuamente. En el juego poético de este dispositivo escultórico, las líneas (esas líneas puras y bellas de Olga) se hermanan y se separan, coinciden por un momento, se prolongan las unas en las otras, para inmediatamente después dejar de coincidir. La autora confiesa que esta es para ella la anatomía del sueño: en nuestras imágenes oníricas -durante un segundo- parece existir un relato coherente, un sentido. Pero inmediatamente después, las líneas coherentes de nuestras imágenes nocturnas se separan, cortocircuitan y el sentido se pierde. La levedad del sueño, su fragilidad y carácter efímero: esas son las características que para nuestra artista definen esta vida de imágenes. Retomando la otra clave de Olga, la representación de la atmósfera, nuestra autora define con **Dream** un aquí y un ahora permanentemente en movimiento, fútil, bello en su debilidad, en su desaparición anunciada desde su construcción. La escultura de Olga atrapa para nosotros la materia levísima de los sueños.

Luis Mayo